

TEMA 2.- LAS RAICES. LA HISPANIA ROMANA

La Península Ibérica está en un extremo de Europa (Finis Terrae/Columnas de Hércules), lo que supone respecto a ese continente una posición excéntrica; sin embargo, dicha excentricidad no ha supuesto ningún aislamiento. En realidad se trata de una encrucijada de caminos (de Europa hacia África y hacia América), por la que a lo largo de los siglos han cruzado, y en la que se han aposentado, poblaciones muy diversas.

Sobre un poblamiento Paleolítico, que se remonta a un millón de años de antigüedad (los materiales de la Hoya de Baza, en Granada, o los de Cueva Victoria, en Murcia, probablemente los superen), se han ido superponiendo pueblos y culturas diversas, unas llegadas de la zona oriental del Mediterráneo (como la cultura neolítica y los conocimientos metalúrgicos, primero, y los colonizadores fenicios y griegos, después); otras del centro de Europa (como las oleadas indoeuropeas, especialmente los celtas).

Con estos ingredientes se van conformando unos pueblos, conocidos como prerromanos, que Roma, tras su conquista, irá homogeneizando desde el punto de vista lingüístico y cultural; es lo que se llama la *Romanización*. Pero la Hispania romana no constituirá una unidad independiente, sino un conjunto de provincias integradas dentro del Imperio Romano. Será con la disolución de éste, tras la invasión de los pueblos germánicos, cuando los visigodos, que se asientan en la península en el siglo V, lleven a cabo lo que podríamos calificar como la primera unificación de España: el Estado visigodo.

1. El proceso de la hominización de la Península Ibérica: Atapuerca.

La Prehistoria se extiende desde los orígenes del poblamiento hasta el siglo VI antes de nuestra era aproximadamente. Su conocimiento sólo nos es posible a través de la arqueología. Desde el punto de vista arqueológico se divide en tres periodos de desigual extensión: Paleolítico, Neolítico y Edad de los Metales.

a) Los primeros pobladores

El hombre actual procede, por *evolución*, de los *primates*, pequeños mamíferos arborícolas, surgidos hace unos 60 millones de años. A comienzos del Pleistoceno, ya en el Cuaternario, hace más de 3 millones de años, **los antropoides** se dividían en dos grandes grupos: los **póngidos** (gorila, chimpancé) y los **homínidos**. Homínidos eran los Australopithecus y el **Homo Habilis**, que vivieron hace más de 2 millones de años en África. También en África vivió el **Homo Ergaster**, un hombre trabajador. De éste último, ya asociado con industrias líticas muy rudimentarias, como las *lascas* y *choppers*, y con una capacidad craneal en torno a los 700 cm³, parece derivar el **Homo Erectus** (1000-1200 cm³), cuyos representantes se

extendieron desde África a Asia y Europa. Este H. Erectus parece el creador de las industrias del Paleolítico Inferior.

En Europa, el primer hombre apareció hace aproximadamente hace un millón de años. Según algunos científicos, este poblamiento inicial se habría limitado a las zonas meridionales del continente -entre ellas la Península Ibérica-, ya que sería muy difícil la colonización de las tierras más norteñas por el frío intenso y escasez de recursos de los periodos glaciares. Según los hallazgos más recientes, el proceso evolutivo de la población europea siguió estas fases (en una línea de descendencia directa):

1. **El homo antecessor.** Los restos más antiguos de hombres europeos se han encontrado en la Sierra de Atapuerca (Burgos), en la *Gran Dolina* (huesos de seis individuos, de esta nueva especie), con una antigüedad de más de 800.000 años. Aunque son descendientes del africano homo ergaster, presentan rasgos lo suficientemente diferenciados como para adscribirlos a un nuevo tipo, denominado antecessor (hombre predecesor) por los propios descubridores. Según parece, practicaban el canibalismo, eran altos y fuertes, con un cerebro pequeño y una cara semejante a la del hombre actual.
2. **El homo heidelbergensis** (allí llamado porque en 1907 apareció un Maur (heidelberg) una mandíbula de esta nueva especie). A este tipo pertenecen los hallazgos de la *Sima de los Huesos*, en Atapuerca, con innumerables restos óseos de 32 hombres, con una antigüedad de unos 300.000 años.
3. **El homo neanderthalensis** (de los fósiles hallados en Neander, Alemania, en 1856). Esta especie presenta ya muchas similitudes con el hombre actual, aunque no somos descendientes de ella. Su grado de desarrollo era alto: construían instrumentos de piedra muy elaborados, eran capaces de hacer fuego y enterraban a sus muertos. Entre hace 80.000 y 50.000 años vivieron su momento de máxima expansión: se distribuyeron por toda Europa, Próximo Oriente y Asiria Central. Se han hallado restos de esta especie en varios lugares de la península (Lezetxiki, Los Casares, Mollet, Cova Negra, Carigüela, Gibraltar).
4. **Homo sapiens sapiens.** La evolución del homo de neandertal se vio truncada con la aparición en Europa de una nueva especie: el homo sapiens, también conocido como hombre de Cromañón, cuya presencia en el Próximo Oriente se remonta a unos 100.000 años y en la Península Ibérica a 40.000 años aproximadamente. Tanto el de Neanderthal como el de Cromañón parecen dos ramas independientes de un mismo tronco, el homo antecessor, que en Europa evolucionó hacia el Neanderthal y en África hacia el Cromañón. Durante algún tiempo, ambas especies coexistieron en unas mismas zonas, pero el homo sapiens acabó desplazando al Neanderthal, que se extinguió hace unos 30.000 años.

b) El Paleolítico

La vida de estos homínidos, asociados con diferentes tipos de industrias líticas, transcurre en el tiempo que conocemos como Paleolítico, que los prehistoriadores dividen en tres periodos: inferior, medio y superior. Cada uno de ellos está ligado a un tipo de homo: Erectus, Neandertalensis y Sapiens sapiens; y a industrias líticas cada vez

más perfeccionadas. El P. Inferior se caracteriza por las industrias rudimentarias de lascas, choppers y bifaces; el Medio por la proliferación de puntas de flecha, raspadores, cuchillos, etc; y el Superior, por último, añade a las industrias líticas, la madera y el asta: puntas de flecha, agujas, anzuelos, bastones de mando, etc.

La vida del hombre paleolítico fue muy dura. Su economía tuvo un carácter depredador, basada en la caza y en la recolección. Socialmente los hombres se organizan en hordas que se desplazan de unos sitios a otros en pos de los rebaños, de los que obtienen su alimento. Vivían en chozas, en tiendas de pieles pero también en cuevas naturales, especialmente en las épocas glaciales. Desde el P.Inferior conocieron el fuego; los Neandertales tuvieron ya algún tipo de creencias religiosas, como se deduce de enterramientos como el del hombre de Morín. En el Superior destacan las pinturas rupestres en toda la zona francocantábrica, en cuevas como Altamira, el Castillo, La Pasiega, Tito Bustillo, San Román de Candamo, etc.; pinturas policromas, que tienen un carácter naturalista.

c) El Neolítico

El Paleolítico Superior se sitúa cronológicamente entre los 40.000 y 10.000 años antes de C., en el tiempo de la glaciación de Würm. El H. Sapiens se adaptó muy bien a la vida cazadora, que le proporcionaban los grandes rebaños que pastaban en las praderas del sur de Europa.

Hacia el año 10.000 se inicia el Holoceno, con un cambio drástico del clima. Los glaciares se retiran hacia el norte de Europa, también las praderas y los rebaños. Ante este cambio climático, los hombres responden de manera diversa. Algunos mantienen las viejas tradiciones cazadoras siguiendo a los rebaños en su desplazamiento hacia el norte; otros se quedan en la Península, modifican su forma de vida y dan lugar a culturas regresivas, que conocemos como **epipaleolíticas** o mesolíticas. Así por ejemplo, los concheros del Muge (Portugal) o la cultura Asturiense (en el Cantábrico), dedicadas ambas a la recolección de moluscos marinos para su alimentación. En el Levante (de Cataluña a Murcia) son de esta época los abrigos con pinturas rupestres, de rasgos estilizados y monocromas: Alpera y Minateda (Albacete), Morella y Valltorta (Castellón), Cogull (Lérida), etc.

Pero en algunos lugares, por ejemplo en el Creciente Fértil, los hombres acuciados por la necesidad van a descubrir el cultivo de los cereales y la domesticación de los animales; es lo que se conoce como la **Revolución Neolítica**, en torno al VIII milenio. Con la agricultura y la ganadería, aparecerán la cerámica, la industria textil, los primeros poblados estables, la estratificación social, etc.

Desde esa zona nuclear del Creciente Fértil, el Neolítico se va a extender en los siguientes milenios hacia Egipto y el Norte de África, por una parte; y hacia Anatolia, Grecia y Europa, por otra. A la Península Ibérica, culturas neolíticas conocedoras de la agricultura y ganadería, llegarán probablemente desde Europa, entre el V y el III milenio. Pobladores neolíticos, que utilizan un tipo de cerámica conocida como **Cardial**, los encontramos ya en fechas muy tempranas en la zona catalana y levantina, habitando en cuevas y con actividades ganaderas y agrícolas. De una fase posterior, Neolítico Medio, es la cultura de los **sepulcros de fosa**, también de la zona catalana. A

partir del año 3.000 el Neolítico se extiende por el resto de la Península, asociado a los grandes **monumentos megalíticos**, de signo funerario, como son los *menhires* (abundantes en Cataluña), *dólmenes* y *sepulcros de corredor*, como el de la cueva de Menga (Antequera).

d) Los Metales

Del oriente del Mediterráneo llega también el conocimiento de los metales, que a diferencia de las piedras, por calentamiento, son maleables, adaptándose a formas muy diversas y de diferentes usos: armas, ajuares domésticos, adornos, etc.

El primer metal conocido fue **el cobre**, cuya metalurgia llega al sureste peninsular hacia el año 2.400 a.C., bien por aculturación, bien por la presencia en la zona de gentes venidas del este. La cultura mejor conocida es la de **los Millares**, en Almería. Se caracteriza por sus pequeños poblados situados en cerros y protegidos por murallas. Sus necrópolis, de tipo megalítico, cuentan con abundantes objetos de cobre, mineral que obtenían en las cercanías y que ellos mismos reducían mediante el fuego.

En el segundo milenio se inicia la **metalurgia del bronce**, aleación de cobre y estaño, que se desarrolla primeramente en la zona del sureste, también en Almería, en la llamada **cultura de El Argar** (1800-1400 a.C.), poblado situado sobre un cerro, con calles estrechas y empinadas y pequeñas casas con tejados de junco y barro. La cultura del bronce se extiende desde el sureste hacia Baleares, donde surgirán las construcciones megalíticas de los *talayots*, *navetas* y *taulas*; y hacia Andalucía y el Noroeste, asociada con la cultura del **vaso campaniforme**, así llamada por vasijas con forma de campana invertida. En Galicia, León y Asturias surgirá entonces **la cultura castreña**, que en gran parte coincide con la Edad del Hierro.

Por último, la **metalurgia del hierro**, de probable origen hitita, se introduce en la Península en el primer milenio, asociada con las invasiones indoeuropeas, especialmente celtas, de las que hablaremos en el siguiente epígrafe.

2) Pueblos prerromanos. Colonizaciones: fenicios, griegos y cartagineses

Hacia el año 1.000, y en diversas oleadas, comienzan a llegar a la Península pueblos **indoeuropeos**, del grupo lingüístico céltico, venidos del centro de Europa. Con ellos llega la metalurgia del hierro. La primera de esas oleadas se conoce con el nombre de la cultura de los **Campos de Urnas**, por el tipo de enterramiento característico: incineración, cuyas cenizas se recogían en urnas cerámicas. Se asentaron en la zona de Cataluña, Navarra y Meseta Norte. Uno de sus poblados más característicos es el excavado en Cortes de Navarra: recinto amurallado, casas rectangulares y vocación agrícola. Posteriormente llegarán nuevas oleadas de gentes específicamente célticas, de la cultura de la Ténè, que se asentarán en el centro de la Meseta: Cogotas (Ávila), Soto de Medinilla (Valladolid), etc.

Coincidiendo con estas oleadas célticas, desde el siglo IX se detecta la presencia en el sur de la Península de los **fenicios**, hábiles comerciantes que desde Fenicia (Tiro, Sidón) habían ido creando por la costa del norte de África toda una larga serie de colonias, de las cuales la más importante será Cartago, ciudad que cuando Tiro sea

tomada por los Asirios (siglo VII) se convertirá en el centro del dominio fenicio en el Mediterráneo. En la costa andaluza, en las inmediaciones del Estrecho, crearon igualmente una serie de factorías y colonias, la más importante Gadir (Cádiz), pero también Malaca (Málaga), Sexi (Almuñécar), Abdera (Adra); igualmente Ebussus (Ibiza). Buscaban metales (cobre, estaño, oro) y comerciaban con tejidos, púrpura, joyas, adornos. Aportaron a las poblaciones del sur la metalurgia del hierro, los sistemas de salazón (garum), el torno cerámico y la escritura alfabética.

Los **griegos** llegaron algo más tarde (siglos VII o VI a C.), probablemente desde la colonia focense de Massalia (Marsella). Se establecieron en la zona catalana (Rhode y Emporion) y Levantina (Hemerokopeion, Heraclea, Akra Leuké). Aunque también eran factorías, el contacto con los indígenas fue beneficioso, pues trajeron nuevos cultivos (olivo y vid), y nuevos animales domesticados (asno y gallinas), pero sobre todo introdujeron la moneda. Su arte influiría en las cerámicas y en el arte ibérico: damas de Baza y Baeza, etc.

En todo caso, sin las oleadas célticas y sin la influencia de los fenicios y griegos no se entienden las características de los dos grandes grupos en que pueden dividirse los **pueblos prerromanos** de la Península Ibérica: los iberos y los celtas.

Los iberos son las poblaciones que habitan la zona costera mediterránea, desde Cataluña hasta Huelva. Se trata de poblaciones autóctonas, pero que han sufrido una gran influencia de los pueblos colonizadores. Nunca formaron una unidad política, pues estaban integrados por pueblos independientes (indigetes, ilergetes, edetanos, contestanos, bastetanos, turdetanos, oretanos, etc.); pero tienen rasgos culturales comunes. En primer lugar la lengua, probablemente muy similar al vasco; también rituales funerarios parecidos, y semejantes manifestaciones artísticas.

Generalmente los poblados se sitúan en cerros amurallados. Las viviendas son de piedra o adobe, cubiertas de ramas. Su economía se basaba en la agricultura y la ganadería, que por el contacto con los pueblos colonizadores estaba en parte monetarizada. La sociedad era muy estratificada: en la cabeza los *régulos*, luego los guerreros, unidos a aquéllos mediante pactos de fidelidad (**la devotio ibérica**), y luego el pueblo. La forma política más frecuente fue la monarquía.

De todos los pueblos ibéricos, el único que tuvo un carácter estatal fue **Tartessos** (siglos VII y VI a.C.), que se extendió por una buena parte de Andalucía occidental (Huelva, Cádiz, Sevilla). Fue una monarquía de la que conocemos algunos de sus reyes, como los míticos Gargoris y Habis, y sobre todo Argantonio. Su esplendor debe ligarse al comercio de los metales con fenicios y griegos. Esta actividad provocó la aparición de una aristocracia militar y el surgimiento de una cierta unidad política bajo la autoridad de un *basileus*, probablemente un rey o monarca. Aquí surgirá, en relación con los fenicios, la primera escritura hispánica.

Los pueblos **célticos** se situaban en el centro y norte de la Península (lusitanos, vacceos, vetones, celtíberos, arévacos, astures, cántabros, galaicos). También habitaban en poblados fortificados en altura, como los castros del noroeste. Su nivel de vida era más rudimentario, aunque variaba mucho. Unos, como los vacceos eran agricultores carealistas; otros, como los vetones y lusitanos, ganaderos. Los cántabros, astures y galaicos eran los más atrasados, con una economía en la que la recolección de frutos y

bellotas aún jugaba un importante papel. Se organizaban en grupos gentilicios. Así un pueblo, como el de los astures, lo integraban diferentes tribus (zoelas, pélicos, susarros, etc.) compuestas por gentes y gentilitates.

3) La romanización de la Península

La presencia de Roma en la Península Ibérica fue consecuencia de la *segunda guerra púnica*. **Cartago**, heredera del imperio fenicio, chocó en su expansión por el Mediterráneo con Roma. Ambos poderes se disputaron la isla de Sicilia, lo que originó la 1ª G. Púnica (264-241 a.C.), de la que Cartago saldría no solo perdedora sino obligada a grandes reparaciones económicas. Para hacer frente a ellas, Cartago, bajo la dirección de los *Barca*, buscó su expansión por la Península, con objeto de apropiarse de sus riquezas mineras, especialmente de la plata y el plomo de la zona suroeste, donde Asdrúbal fundaría *Cartago Nova*.

La toma de Sagunto, aliada de los romanos, provocaría la 2ª G. Púnica en el año 218 a C., fecha en la que mientras Aníbal se dirigía a Italia con su ejército, Roma enviaba a Hispania a Gneo y Publio Escipión, que desembarcan en Ampurias. Aunque fracasaron, poco después Publio Cornelio Escipión tomaba Cartago Nova, y luego penetraba en el valle del Guadalquivir y se apoderaba de Gadir (206). Conquistadas estas bases púnicas, el cónsul Catón, en el 194, se aseguraba el control del valle del Ebro y Sempronio Graco iniciaba la penetración hacia la Meseta.

La conquista de la Meseta se desarrolló en dos largas y crueles guerras, entre los años 154 y 133: las **guerras lusitanas**, cuyo caudillo, Viriato, mediante una guerra de guerrillas, tuvo en jaque a los romanos hasta su asesinato en el 139; y las **guerras celtibéricas**, con el largo sitio a la ciudad arévaca de Numancia, que sería destruida por Escipión Emiliano. Tras ellas, con la excepción del norte, Hispania quedó en manos de Roma, viéndose involucrada en las **guerras civiles** de la época de los *triunviratos*. La presencia de Sertorio contrario a Sila contribuyó a la romanización de la Meseta; también César y Pompeyo dirimieron aquí, en la batalla de Munda, sus diferencias. Entre los años 29 y 19 a.C., Augusto definitivamente sometió todo el norte, en la guerra contra los cántabros y los astures.

Desde el primer momento de la conquista, Roma introdujo en Hispania profundas innovaciones, que transformaron la sociedad indígena. Reordenación política, nuevas estructuras económicas y sociales, uso de la lengua (el latín), introducción en Hispania de las instituciones romanas y del Derecho. Esta romanización fue más temprana y más profunda en el este que en la meseta; en el norte y en noroeste fue bastante precaria.

La primera medida administrativa introducida por Roma fue la división del territorio en **provincias**. En época republicana, Hispania fue dividida en dos grandes provincias: *Citerior* (consular) y *Ulterior* (senatorial). Augusto, en el Alto Imperio, la dividió nuevamente en tres: *Tarraconensis*, *Lusitana* y *Bética*; y Caracalla, en el Bajo Imperio en cinco: *Gallaecia*, *Tarraconensis*, *Lusitana*, *Bética* y *Cartaginensis*. En esta última etapa, todas estas provincias se integraban en la *Diócesis de Hispania*, que formaba parte de la *prefectura* de las Galias.

Las provincias, territorio sometido a Roma, estaban gobernadas por un procónsul o un pretor, asesorado por una asamblea o *consilium*, y con un cuestor que llevaba todo lo referido a la hacienda. A su vez las provincias se dividían en **conventos jurídicos**, en cuya capital se administraba justicia. Así Gallaecia, la integraban los conventos Asturum, Lucensis y Bracarensis, con Asturica, Lucus y Bracara como capitales.

El último escalón lo constituían las ciudades, pues no hay que olvidar que Roma fue un imperio basado en la existencia de ciudades, que controlan el territorio que las rodeaba, con sus aldeas (*vici*). Originariamente había dos tipos de ciudades: Las romanas, en las que se integraban las colonias y los municipios, gobernados por los dos *duoviri* y los *decuriones* o asamblea); y las ciudades indígenas, que por la forma de su integración en el imperio podían ser: libres o inmunes, federadas y dediticias, también llamadas estipendiarias. La mayoría era de este último tipo, estando obligadas a pagar cuantiosos tributos al Estado. Con el tiempo, una vez concedida la ciudadanía a todos los habitantes del imperio (Vespasiano el *ius latii* y Caracalla el *ius romanorum*), las ciudades eran, en su mayoría, municipios.

La población la formaban dos grandes grupos: los libres y los esclavos. Los libres podían ser ciudadanos romanos o no ciudadanos. Los ciudadanos se dividían a su vez en órdenes: senatorial, ecuestre, decuriones y plebe. Los no ciudadanos, originariamente la mayor parte de los indígenas, fueron adquiriendo la ciudadanía bien a título personal, por ejemplo alistándose en el ejército o ejerciendo las magistraturas en su municipio; bien de forma colectiva, como ocurrió con el decreto de Caracalla del 212 que convirtió a todos los libres en ciudadanos romanos. Los esclavos eran cosas, y como tales se podían comprar y vender; pero también podían, por medios diversos, alcanzar la libertad (*manumisión*), eran los llamados libertos.

El control del territorio obligó a construir una densa red de calzadas, con puentes para salvar los ríos; pero al mismo tiempo facilitó el comercio y el desarrollo económico. Este tuvo como principales actividades la agricultura y la ganadería, pero adquirieron una gran importancia la minería (del oro en el noroeste, de cobre en Río Tinto, de plomo en Cástulo, etc.), y el comercio.

Roma introdujo también sus creencias religiosas, que durante mucho tiempo convivieron con las indígenas. A partir del siglo III se expandiría en cristianismo.

4) Las invasiones bárbaras. El reino visigodo

La crisis del Bajo Imperio se manifiesta en la decadencia de la economía, la creciente ruralización, la intromisión de las legiones en el nombramiento de los emperadores, la inseguridad en las fronteras, la ruina de las oligarquías urbanas y la aparición de los grandes latifundistas, que inauguran el régimen del colonato.

Es en ese contexto de decadencia donde se enmarcan las invasiones germánicas, que desde el siglo III están presionando sobre las fronteras del Imperio. Empujados por los Hunos, un pueblo mongol procedente de las estepas euroasiáticas, los germanos entran en el Imperio en el siglo IV, derrotando a Valente en Adrianópolis en el 378. Aunque son contenidos por Teodosio, muy pronto nuevas oleadas cruzan el Rhin en el

406 expandiéndose por las Galias e Hispania, a la que en el 409 llegan grupos de suevos, vándalos y alanos, que aquí se asientan.

Para hacer frente a esta invasión, Roma firma un tratado (foedus) con los visigodos, uno de los pueblos germanos más romanizados, que así llegan a Hispania en el 457. Hasta el 507 los visigodos dominaron el sur de las Galias y parte de Hispania, pero tras la derrota por los francos en Vouillé en ese año, se asentaron definitivamente al sur de los Pirineos. Su número era reducido, probablemente menos de 200.000 individuos en medio de una masa de más de 4 millones de hispanorromanos. Por eso, se localizaron preferentemente en la meseta, en grupos más o menos compactos; pero estratificados en grandes propietarios, muchos de ellos ligados matrimonialmente con los grandes latifundistas romanos; y luego los *bucellarios*, hombres armados al servicio de los señores. Por debajo de éstos estaba la gran masa de los hispanorromanos.

Tres aspectos hubieron de resolver los visigodos para crear una Hispania unificada:

1. La unificación territorial, pues además de los visigodos había en Hispania un reino suevo en el noroeste y bizantinos en el sureste. Leovigildo (573-586) logró reducir e integrar el reino suevo; y Sisebuto (612-621) y Suintila (621-631) expulsar a los bizantinos.
2. La unidad religiosa, ya que los hispanorromanos eran mayoritariamente católicos, pero los visigodos *arrianos*, herejía que negaba la divinidad de Cristo. Leovigildo intentó primero la solución arriana, obligando a todos los hispanorromanos a convertirse a este credo, cosa que no logró. Su hijo Recaredo, después del martirio de su hermano Hermenegildo por su propio padre por convertirse al catolicismo, abjuró en el 589 del arrianismo. Desde entonces la Iglesia, por medio de los concilios de Toledo, jugaría un importante papel en la sociedad y política visigoda.
3. La unidad legislativa. Hasta el siglo VII ambas comunidades se regieron por leyes diferentes. El código de Eurico rigió solo para los hispanorromanos, mientras que el código de Alarico lo hacía para los visigodos. Chindanvinto y Recesvinto realizaron el *Liber Iudicorum o Fuero Juzgo*, que regiría para ambas comunidades, con una proyección posterior en los reinos cristianos de la Edad Media.

Escasos en número y con una cultura inferior, los visigodos se dejaron ganar por la civilización hispanorromana. De aquellos tiempos destacan San Isidoro, San Leandro, San Martín de Braga, San Fructuoso. También es interesante su arte, especialmente la orfebrería y la arquitectura.